

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 129.

Alicante 10 de Mayo de 1873.

Año IV.

UN ECLIPSE POSIBLE.

A la profusa luz del siglo XIX, marcha la sociedad harto satisfecha de sí misma, menospreciando á su paso todo añeja preocupacion y todo fantasma del porvenir. Ni tiene Dios, ni le necesita; su omnipotencia suple todo poder, y le basta para su universal concierto una moral que se amolda á su conciencia libre y una esperanza eterna que corre parejas con su fé en el infinito de la perfeccion humana. El Cristianismo no ha sido mas que un hecho que vino á llenar las exigencias de una época; un suceso providencial que hizo cambiar de rumbo á la humanidad carcomida por su misma podredumbre; pero que una vez rejuvenecida esa humanidad por la influencia cristiana, una vez sanada de su lepra, ha podido emanciparse del yugo de la fé de Cristo, para guiarse por la estrella abriantada de una razon infalible, robustecida con la enseñanza de los tiempos y los caudales de las ciencias. El catolicismo es un anciano decrépito, cuyos vanos alardes de poderio vienen á es-

trellarse en la tumba socavada al pié de su misma impotencia. Institucion puramente humana que llenó tambien su papel mas ó menos importante, mas ó menos benéfico y humanitario en la escena del mundo antiguo, viene á ser en la edad moderna la rémora de todo progreso y la débil protesta de un tirano vencido. Ni sus lamentaciones sobre la sociedad extraviada merecen el honor de que ésta la escuche, ni sus funestos pronósticos logran amedrentar á los pueblos que vuelan al vapor en busca de venturosas realidades.

No obstante ese tropel de las gentes, ese vértigo de la sociedad, esa glacial indiferencia con que es mirada esa institucion que se llama la Iglesia; apesar del desden con que dirigen la mirada hácia esa *vieja escuela* los que rigen los caminos de los pueblos y no obstante el menosprecio con que los poderes humanos vienen tratando al desvalido rey que todavia sustenta en su cabeza la doble diadema coronada por la cruz, se observa un fenómeno que no tiene fácil explicacion. El fenómeno es innegable. Europa entera se preocupa á menu-

do de la salud y la vida de ese anciano Monarca que se sienta sobre la desolacion de un territorio pequeño arrebatado á su paternal tutela.

Los diarios de todas las naciones tienen cuidadoso esmero en dar las mas verídicas noticias sobre el estado de salud del anciano Pontífice. Los periódicos católicos, los protestantes, los cismáticos, los órganos mismos del ateismo, los libre pensadores, cada cual á su modo comenta cualquier telégrama que anuncia la mas ligera indisposicion del jefe del catolicismo. ¿Qué significa ese interés general y diverso, esa expectativa, esa preocupacion? Depende por ventura de la vida de un anciano sin punto de apoyo en la tierra, algun nuevo impulso que ha de imprimirse en la marcha de la moderna Europa? Se espera la muerte de Alejandro para dividirse la Persia entre codiciosos herederos, ó es que los soberbios generales romanos fraguan dividirse en grandes trozos el imperio de Constantino Magno? Cautivo en la última cámara del palacio del Vaticano, no tiene el monarca de que se trata otros tesoros que las humildes y piadosas ofrendas de fieles hijos, ni otro territorio que el suelo que pisan sus sandalias: ¿qué espera el mundo? ¡Ah! no espera, es que teme. Esa especie de ansiedad en los estados, de expectativa en los pueblos, es algo del remordimiento de un gran sacrilegio consumado por unos y tolerado por otros.

Es ello un presentimiento de que al caer herido por la muerte el Gran Sacerdote, ha de conmoverse el mundo en convulsion espantosa. Ese presentimiento existe: no ha mucho que se notaba una especie de terror al dar la prensa la noticia de la ligera enfermedad que ha sufrido el Papa. Es, que no es el hombre, ni aun si se quiere el Sacerdote, el secreto agente que conmueve los ánimos: es Dios, que repudiado por una sociedad que lucha por divorciarse completamente de la religion, parece que la llama con la voz elocuente de los sucesos que merecen estudio.

Es que una especie de apostasia general y pública se ha conjurado contra el catolicismo, y no queda en el mundo otra voz bastante poderosa y autorizada para proclamar la gloria de la religion verdadera, que la voz apagada del oprimido Pontífice, cuyos ecos de enseñanza y bendicion recorren las cinco partes del mundo. Es que el siglo á pesar de su confusa y rápida precipitacion teme que al apagarse esa voz llena de uncion y de paz, suceda lo que al apagarse la luz del sol en pleno dia merced al eclipse: es posible que haya tinieblas.

«Ayer se ha levantado el Padre Santo, dice la *Correspondencia de Ginebra* refiriéndose á su correspondal de Roma en 18 del pasado, pudiendo, por lo tanto, recibir en su biblioteca particular á los ministros y personajes de su corte.

La enfermedad no tuvo ninguna

gravedad; la única inquietud que podia causar, era la avanzada edad del augusto enfermo; Jesucristo conserva todavia á su Iglesia su Vicario, y á los fieles su queridísimo Pastor.

Necesariamente llegará un dia en que será preciso llorar sobre la tumba al tantas veces objeto de los deseos parricidas de la revolucion. Pio IX morirá, y el mundo tarde ó temprano será testigo de este gran eclipse.

Pero el dia que esto acontezca, el universo se conmoverá por la fúnebre catástrofe. La prueba la tenemos en el terror que ha producido la noticia de la indisposicion de Su Santidad.

Era de ver cómo la multitud invadia todas las iglesias, dirigiendo sus oraciones para alcanzar de Aquel que todo lo puede, que prolongase la vida de su Pontífice, de su Padre y de su Rey. Cristianos hasta entonces poco celosos en el cumplimiento de sus deberes prometian enmendarse con tal de que á Pio IX le fuese devuelta la salud.

¡Qué consuelo para el Padre Santo contemplar que el amor que le tienen sus hijos es suficiente para enardecer el fervor en unos, vencer las inclinaciones y costumbres en otros, y excitar en todos los corazones el amor y la práctica del bien! Pio IX es el Apóstol que, haciéndose amar, atrae á Dios, atrayéndose á sí. Poder divino de la caridad, á la cual nada resiste, y que

ejerce á su alrededor una inman-tacion sobrenatural.

¿Dónde se encuentra el príncipe que goce de esta prerogativa mas que real? En el apogeo del poder, ven ellos un pueblo temblar á la menor noticia de un peligro que les amenaza, como el pueblo romano se ha sobrecogido de temor á la nueva de que su rey destronado y cautivo, no goza de la salud maravillosa que parece ser el privilegio de su ancianidad. Su feliz rival, su opresor, podrá morir, pero de seguro que no obtendrá ni lágrimas ni suspiros. Pio IX se halla ligeramente enfermo, su pueblo se consterna, llena las iglesias, eleva preces y las ofrece por él, acompañadas de la práctica de nuevas virtudes. Este contraste, seguramente, es digno de ser notado.

Pero el pueblo ha sacado otras consecuencias. ¿De qué proviene la enfermedad de Pio IX? De su prolongado cautiverio. Los sucesos del 20 de Setiembre han confinado al Papa en su palacio, prision húmeda y fria, donde carece de espacio necesario para el ejercicio que reclama su salud. Cuando mas amado es Pio IX, mas odiados son sus opresores. Todos los corazones verdaderamente romanos han maldecido durante esta enfermedad, mas que antes, á los causantes de este desagradable suceso. Los piemonteses no piensan bastante en la execucion que contra ellos se acumula de dia en dia en el corazon de los romanos. Pueden sin embargo,

apercibirse de que en tres años han perdido mas terreno en Roma que el que han ganado.»

Ni el Piamonte ni los gabinetes de Europa han pensado bastante en la complicacion que envuelve la cuestion Pontificia. El catolicismo, cuya muerte se ha presagiado tantas veces, es la religion estendida de polo á polo; todos los estados pequeños ó grandes, cuentan millares de subditos que profesan el catolicismo. Esa religion bendita, único y verdadero cristianismo al que debe el mundo su civilizacion y sus grandezas, tiene su consistencia en lo alto, y por eso tememos, ¡ojalá fuere temor ilusorio! que la muerte del Pontífice en este estado de conjuracion universal contra esa iglesia, en esta confusion y caos en que vive la sociedad, en esta lucha desatentada del mal contra el bien, de la absoluta negacion de la verdad religiosa y el noble celo de la fé católica, religion de veinte siglos, fé de nuestros mayores, venga á asemejarse el eclipse de la vida de Pio IX, á las densas tinieblas que cubren la atmósfera en los eclipses del sol.

Una suscritora del Panadés escribe así á *La Epoca*:

«Escribe á V. una payesa del Panadés que tiene su casa solariega situada entre Martorell y la villa de Igualada. Lo que pasa en esta comarca no es para contado. Hay unos mal llamados voluntarios de la república que nos inspiran

tanta confianza, que la mayor parte de propietarios nos hemos visto obligados á abandonar nuestras casas, horrorizados por los asesinatos de los curas de San Jaime de Noya, Tarrasola y Vicario de Piera, asesinados no se sabe por quién.

En esta comarca se vive sin religion. Las rectorías de Castellbisbal, San Bartolomé, Gélida, San Sacherni, San Jaime Terrasola, Lavid, el Plá, Espiells, Monistrol, San Pedro, San Quintin, Mediona, Subirats y otras de unas diez horas á la redonda están cerradas, y por consiguiente, imposibilitados de recibir sacramento alguno sus feligreses. Segun dicen las personas ancianas, estamos peor que durante la invasion francesa. Los héroes de estas hazañas son los que se dedican á perseguir á los sacerdotes solo por el delito de serlo.

No creo ignore V. que en Barcelona las parroquias de San José, San Jaime y Nuestra Señora de Belen sirven de cuarteles; y que ningun sacerdote se atreve á presentarse en la calle con su traje talar, pues seria insultado por el populacho, y que el Viático sale á escondidas metido en la faltriquera de un hombre con capa y hongo y hasta vestido de pana y con gorro catalan morado, como yo lo he visto hoy en un cura párroco del Panadés, que para no ser conocido adoptó este traje. Mire V. si es triste lo que pasa en la capital de Cataluña.

Hay un pueblo en el Panadés que llaman el Plá, al cual los carlistas han pedido la contribucion: pues los de San Sacherni y Rubí han amenazado á dicho pueblo que si pagaba á los carlistas, ellos les harian pagar igual cantidad: de modo que, en este caso, el pueblo indefenso del Plá pagaria este año tres contribuciones; la del Gobierno, la

de los carlistas y la de los héroes de San Sacherni y Rubí. ¿Y cómo se defiende un pueblo que se compone en su mayor parte de casas aisladas? Crea V., señor mio, que urge mucho que se ponga pronto remedio en la situación que atraviesa Cataluña. Hoy veo en los periódicos que se dispone sean cerradas á piedra y lodo las casas solas de mi país; la mía será una de tantas, y no podré recoger en ella mis ganados.

El año pasado el pedrisco se me llevó la cosecha del vino. Este año he tenido que dejar mi casa por temor del robo y del incendio, y ahora con esta última providencia, tendré que vender mis ganados, que eran mi único recurso y el de mi familia, sin tener culpa ninguna, sin habernos metido en nada, siendo las víctimas de una guerra civil en la cual no hemos tomado parte ninguna.

Estoy en Barcelona como recogida con mi familia en casa de unos parientes, suspirando por mis montañas y aguardando el día en que venga un buen gobierno que me deje volver á mi casa á cuidar de mis gallinas, de mis cosechas y de mis ganados; que pueda educar á mis hijos en la religion cristiana, como me educaron á mi, y que pueda oír misa en la pobre parroquia del vecino pueblo. Esto es lo que pide una pobre payesa catalana, que no tiene opiniones políticas, y que solo desea vivir por sus hijos y trabajar en su casa.

Me dirá V. que esto nada le importa: pero se lo escribo para que sepan ustedes en Madrid lo bien que lo pasamos acá en Cataluña: y si V. quiere publicar esta carta, á mí poco me importa, pues si bien creo que el gobierno no está en ayunas, veo no toma providencia ninguna, y deseo que sepa España nuestra situación.*

ODA.

Á NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Luz desprendida de la eterna lumbre,
Fortaleza del hombre, ¡Fé cristiana!
Tú que diste del Gólgota en la cumbre
Alas de fuego á la flaqueza humana;
Tú, del amor nacida; tú que brillas
De las virtudes todas soberana,
Y los furores de Satán humillas;
Tú que engendras los héroes; tú, tesoro
De caridad ardiente; lazo de oro
Entre el mortal y Dios, y paz del mundo,
Y manantial de inspiracion fecundo...
Prende en mi corazon llama divina,
Y pueda digno resonar mi canto
De aquella excelsa Virgen peregrina
Que es la Madre del Ser tres veces Santo;
Arbol de vida, emblema de hermosura
Y mas que el ampo de la nieve pura.

No era la luz, ni el tiempo, ni giraban
Allá, en el Firmamento,
Los Astros todavía....
Y ya en el pensamiento
De Dios, era Maria.
Adán la contempló cual esperanza
De redencion, en la arboleda hermosa;
Y el pueblo de Israel á verla alcanza
De Jacob en la escala misteriosa,
Y de Moisés en la inocente lumbre
Que ardió de Orel en la desierta cumbre.
Con inspirado lábio
La anunciaba el Profeta
Y la ensalzaba el Sábio;
Y al ser, por fin, los suspirados días,
La vió brillar la muchedumbre inquieta
«Virgen y Madre,» cual la vió Isaías,
«Luz de Judá,» cual la cantó el Poeta:
Luz de naciente aurora,
Que tras la noche del error oscura,

Del sol de la verdad fué precursora;
Y estrella de los mares,
Amparo en la tormenta asoladora
De la vida, que prosternado adora
Do quiera el hombre, levantando altares

Tambien la Pátria mia,
Sostenido de amantes corazones,
De flores uno levantó á María;
Y ha sido al mundo ejemplo
De piedad y de fé, desde aquel dia!
¡Dó vá esa multitud! En su semblante
La amarga huella del dolor contemplo,
Que el mundo imprime al peregrino er-

(rante,
Y que borrar no sabe! Ved, va al templo.
Sobre un trono de nubes que fulgura
Mil torrentes de luz, gentil y bella,
De caridad y de humildad dechado,
Se levanta la cándida Doncella,
¡Madre del infeliz desamparado!
La frente pura inclina cariñosa
Con incesante anhelo,
Cual si esperase súplica afanosa
Para elevarla al cielo.

Sus ojos, con ternura
Siempre en nosotros fijos,
Parece que nos digan con dulzura:
«Amaos, ¡sois mis hijos!»
Nos muestra al Redentor entre sus bra-
Y que una cruz sostiene, (zos,
Como diciendo al hombre: «Tu te quejas
Y tu Señor la tiene?!»

Blanca azucena entre sus manos brilla,
Como anunciando al alma:
«La mas pura y sencilla
Tendrá la mejor palma!»
Y al estender su manto, cual paloma
Las alas sobre el nido,
Dice al triste: «no temas, sé el secreto
Para curar tu corazon herido!»

Ah! mil veces feliz el que tu amparo
Busca, y vive en tu amor, ¡Madre que-
¡Iris de eterna paz! ¡unico faro (rida!

De este mundo en la mar embravecida!
Tu cruzaste doliente, cual el hombre,
Por el desierto esteril de la vida!
Por eso invoca sin cesar tu nombre
Con entusiasmo santo;
Que el que sabe de lágrimas y penas
Es quien calma la pena y seca el llanto,
¡No el que mira correr horas serenas!!

Tú que exhalas de huérfano el gemido..
Huérfana, como tú, ¡gimió María!
¡Misera Viuda! como tu doliente
La amarga hiel de la viudéz bebia!
Tu que suspiras de tu patria ausente ...!
En extranjera tierra ella sufría;
Y atravesando paramo inclemente,
De hambre y frio, cual tú, se estremecía!
Y tu ¡Madre infeliz! tu que anhelante
El Ser contemplas que abrigó tu seno
Al ver el triste porvenir sombrío
Que ante el se ostenta de zozobras lleno..
Ella tambien de Simeon escucha
El profético acento que le advierte
De su hijo amado la terrible lucha,
De su hijo amado la sangrienta muerte,
Y es su vida despues de angustia llena
Ya por Salém le siga desolada,
Ya le mire pendiente en el Calvario
De una cruz en su cumbre levantada!
Y ella, ¡tan santa y pura!
Humilde y resignada,
El caliz todo del dolor apura!

Mas si duelo no existe cual su duelo,
Tampoco existe gloria cual su gloria;
Por eso inunda el pecho de consuelo,
Pues tras la vida amarga y transitoria
Nos muestra el alto cielo;
¡Tras el combate rudo la victoria!

¡Oh Virgen inmortal! ¡Oh Madre mia!
Tú has sido siempre de Valencia escudo,
Y la impiedad jamás vencerle pudo:
Mas hoy cual nunca se alza poderosa,
Y por do quiera amenazar parece

Catástrofe espantosa!
Que el viento del orgullo avanza y crece..
Y á la razon Dios llama! el mundo todo
No basta á la ambicion! y la impureza
Su trono tiene entre el inmundo lodo!
Sea tu amparo, pues, cual fortaleza
Ante enemigo osado levantada,
En esa lucha, que de nuevo empieza,
De la fé y la impiedad; mas no de sangre
Ha de ser esa lucha; no la espada
Ha de brillar en la homicida mano...!
Que tu enseña es de paz! La cruz alcemos
En vez del hierro insano:
De abnegacion y sacrificio demos
Y de humildad ejemplo al hombre vano:
Ante la orgía, del placer morada,
Cubramos de ceniza nuestra frente
En el altar, mostrando nuestra nada:
Firme esperanza nuestro pecho aliente,
Y al desprecio y la injuria... contestemos
Con el perdon de nuestro amor ardiente!
Así del mundo impío triunfaremos,
¡Que el triunfo es de la fé! Mi pátria bella
Siente en la lucha su inmortal destino,
Y el sitio del peligro busca en ella...
¡Guíale, Virgen pura, en su camino!

Miguel Amat y Maestre.

COSTUMBRES PÚBLICAS.

Se necesitan grandes y extraordinarios acaecimientos, para que vuelva en sí la sociedad actual, embriagada de placeres, delirante, desvanecida con el orgullo de sus conquistas y la satisfaccion de sus goces: se necesita que en el reloj de la Providencia suene la hora de una gran desgracia, para que los hombres, separando un momento la vista del teatro de sus vanidades, miren con espanto y estremecidos lo que pasa á su alrededor. Las revoluciones sociales, el destronamiento de los reyes, la caída de

poderosos imperios nos obligan á meditar un instante sobre las causas del mal estar de los pueblos y de la debilidad de las naciones; y entonces se abren á nuestra vista los abismos, á cuyo borde la sociedad vive descuidada en un perpétuo festin.

Los historiadores, que tratan de averiguar las causas de la ruina de los imperios en remotos tiempos, como las examinan libres de pasion que los ciegue, sin amor y sin odio que los alucinen, no pueden ménos de reconocer que las grandes desgracias y públicas calamidades son siempre una expiacion, vienen como un castigo de la divina justicia, la cual no puede dejar impunes los crímenes sociales, que las Naciones como tales no pueden purgar en una vida futura. En un festin sorprendió á Baltasar el terrible anuncio; inmenso templo de lujuria era Roma, cuando los bárbaros acabaron con su dominacion; á rey y pueblo debilitados por los deleites hallaron los sarracenos al invadir la Península. Un imperio no cae, una Nacion no se deshace á pedazos, sino carcomida por los vicios y debilitada por los placeres.

Sólo la Providencia sabe si ha llegado para las naciones, que mas se precian de civilizadas la hora del castigo, y tal vez de la regeneracion por el dolor; pero es lo cierto que el estado actual de las costumbres públicas tienen tan enervados los caracteres, tan disipadas las inteligencias en medio de una aparente civilizacion, que no se necesita un milagro para que á un leve soplo se derrumbe el coloso, que parece desafiar á las tempestades.

Los lazos de la familia están rotos, no porque se haya apagado en el corazon de la madre el instintivo amor á sus hijos, que esto es imposible; sino porque

el hijo, emancipado en sus mas tiernos años por el comercio, por la industria, por la universidad ó por la política, forma su corazon y adquiere la vida del alma en el teatro, en el café y en la novela; no en el hogar doméstico al suave calor del regazo maternal. El padre, tratado sin respeto por sus hijos en los breves momentos que le dejan para la familia los negocios de su profesion, ó los graves asuntos del *meeting* y del club, es, cuando más, su camarada, y carece de prestigio para ejercer sobre ellos aquella autoridad cariñosa y severa, que los conduce sin violencia por el camino de la virtud, y los acostumbra á una racional obediencia. En el festin, en el teatro y en los circos se debilita, si no espira, la tierna solicitud de las madres, á las cuales rejuvenecidas con afeites en su vejez no llega jamás el dia de consagrarse por completo á la familia. De este modo, sin echar de menos el jóven los purísimos placeres del hogar doméstico, que apenas conoció, se arroja sin freno en una sociedad, que le espera con todos los atractivos del vicio para seducirle y corromperle.

Lo primero que se presenta á los ojos del jóven, al entrar en el mundo, es la audacia coronada, y postergados la modestia y el verdadero saber. Largos años de estudio constante no abren las puertas de las magistraturas muchas veces sino el favoritismo, que se obtiene en los salones, en la vil adulacion, ó cuando mas en los servicios prestados á un partido desde la gacetilla ó el folletin del periódico. Por el camino de las conspiraciones se llega á los primeros puestos del Estado, y el militar honraño se ve con desdoro de sus canas mandado por el que ayer debió obedecerle como sargento. Los fieles servidores del Estado que con pureza manejaron los negocios

á ellos confiados, llegan á una vejez pobre, despreciados por los Gobiernos y olvidados por la sociedad. En las actuales costumbres sus puestos se deben á héroes de barricada, que apenas saben poner su nombre.

Cuán poco estímulo sea esto para que la juventud se dedique con noble afán al estudio, lo ve fácilmente quien conozca el corazon humano. A los veinte años todos pretenden ser maestros; y en periódicos sin discrecion, en discursos sin sustancia, en academias y *meetings*, abandonados los libros, se adquieren las reputaciones que han de llevar á elevados puestos, que sin mas méritos ocupan hombres de importancia, de quienes no se sabe que pasáran su juventud en la ingrata taréa de los estudios. De periodista y orador de plazuela se llega fácilmente á diputado; al diputado sin conciencia poco le cuesta ser Ministro; y el Ministro en estos tiempos, en que el Monarca no es más que un maniquí, goza y disfruta y manda sin responsabilidad práctica, y derrama el oro en festines, y siembra la abundancia en la casa de los deudos y de los amigos. ¿Quién se resigna hoy á adquirir en el ejercicio de su profesion una modesta fortuna al fin de larga vida?

Y ello es preciso, para ser algo, vivir en la opulencia; que dicen que rebaja al hombre que otro le aventaje en comodidades y en ostentacion. Perdidas las costumbres patriarcales de mejores dias, el propietario se hastia de vivir en la aldea rodeado de los hijos, querido de sus criados; y, buscando en las grandes capitales otro género de goces, pierde su fortuna y con ella tal vez la heredada nobleza.

Anchos caminos abiertos se ofrecen al que pretende llegar en poco tiempo á la opulencia; y, si la honrada candidez

le impide verlos, no dejará de hallar algún maestro en la bolsa y entre los que viven del crédito y de las contratas con el Gobierno, y de otras artes parecidas.

El mayor número sin embargo no ha de alcanzar la apetecida felicidad. Apesar de la cultura y de los adelantos de la civilización, millares, millones de hombres se verán siempre obligados á comer el pan con el sudor de su frente. En tristes viviendas hacinados se albergan el jornalero, su esposa é hijos, y la miseria y el hambre visitan á menudo su morada. En su *ilustracion* conocen de oídas los placeres opulentos, aumentando la envidia los horrores de la indigencia. Pero... algo hará por ellos una sociedad cortada por el patron de aquellos famosos principios de igualdad y fraternidad.

Oh! sí: Con espectáculos variados estimula su curiosidad, y les permitirá por un bocado de pan que roben á sus hijos, asistir desde la cazuela á los morales dramas traducidos del francés y al edificante can-can en cafés y teatros. Algo hará por ellos; les envenenará el corazón con doctrinas fatales, que les harán mirar, no con resignacion su desgracia, sino con envidia el bien ageno, incitándolos á locas rebeliones. Algo hará por ellos; por el estímulo del lujo tal vez les robe la paz del hogar ó el honor de sus hijas; y si algun dia encorvados con el peso de los años salen á mendigar un pedazo de pan, los prenderá cual si fueran ladrones, y arrancándolos del lado de sus familias, los llevará violentamente á un depósito de mendigos: que esta sociedad, que no prohíbe á livianas mujeres que paséen por las calles su descoco, se ofende de ver al pobre, pidiendo caridad, acurrucado en una esquina, tal vez porque la presencia de la desgracia es remordimiento

que acibara la vida de deleites, con que nos brinda la civilización.

De aquí que pobres y ricos hayan perdido la paz del espíritu y aquella nobleza de alma, que hacia grandes á algunos pueblos: todos padecen del mismo mal, del deseo inmoderado de goces jamás satisfecho. El ejemplo de los poderosos, el periódico, el *meeting*, el teatro, el libro, la cátedra enseñan á todas horas que el fin exclusivo del hombre es el placer. Gozado por unos, enerva y debilita; deseado y obtenido por otros, irrita y acanalla, arrancando del corazón de todos la hidalguía del trato y la idea de sacrificio, que es la que engendra los grandes actos de patriotismo.

¿Qué porvenir espera á esta sociedad corrompida por los vicios y debilitada por los deleites? ¿Tendrá el fin del bajo Imperio, el fin de la monarquía visigoda, ó acaso en su mismo seno alimenta el castigo que la espera? O la historia no es maestra de la verdad, ó lo único que nos falta saber es quién está destinado por Dios á ser el Atila de los tiempos modernos.

Ramon Vinader.

VARIEDADES.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE,

por el Pbro. M. Lamazon.

Traducción de D. Carlos Maria Perier.

LA PLAZA DE VENDOME.

En la noche del martes 21 de Marzo de 1871.

Una gran parte de este dia la habia yo pasado en conversar con algunos amigos acerca de la situación, en ver-

dad insoportable, que en París había creado el triunfante motin del 18 de Marzo. Lamentábamos todos, y anatematizábamos, aquel atentado incalificable contra la soberanía nacional, atentado que de repente ponía sobre nuestras cabezas los peligros de la ocupacion alemana, los horrores de la guerra civil, y acaso ambas calamidades á la vez; por lo cual era muy grande la indignacion que sentiamos. Unos acusaban al gobierno de haber abandonado harto fácilmente París á la insurreccion: sostenian otros, por el contrario, que trasladándose á Versalles al lado de la Asamblea Nacional, y formando el vacío en torno de París, había salvado á la Francia: otros se entregaban á una amarga exaltacion contra la punible indiferencia de la Guardia Nacional, que había dejado que se verificase todo, y contra la osadía y malignidad de los amotinados, que sin pretexto alguno arrastraban la Francia, derramando sangre por todas las heridas que la guerra le había causado, á un insondable abismo.

Todos los que tomábamos parte en aquella conversacion creíamos que aun existía otra cosa de peor índole que la anterior; á saber: la defeccion vergonzosa de una porcion de tropa de línea, por la cual habían sido posibles tan crueles infortunios; pues era nuestra opinion que si el ejército llegaba á mostrarse débil ante la insurreccion, sonaría la hora postrera de la Francia. *¡Gallicæ finis!*

Nos era más fácil llorar sobre la inmensa gravedad del mal, que hallar y señalar sus prácticos remedios, sobre los cuales los pareceres andaban divididos. ¿Sería preciso recurrir á la fuerza material, ó más bien á un conciliador espíritu de persecucion? Emplear la fuerza podría aumentar todavía más la

sobreexcitacion de los ánimos descarriados y llenar á París de ruinas y sangre y por otra parte era casi imposible el éxito de los medios morales, tratando con insurrectos cuya carrera principiaba con el asesinato de los generales Leconte y Clemente Thomas, y con la cínica predicacion de la revolucion social completa (1).

Uno de los habitantes más notables de la plaza de Vendome, que en la insurreccion de Julio de 1848 habíase distinguido por su valor y recibido una gravísima herida, vino á las tres á manifestarme la intencion seria que los guardias de un batallon tenían de tomar esta plaza á los insurrectos, que habían descendido de los arrabales, cuya operacion creía que podría llevarse á cabo adoptando una actitud enérgica, sin necesidad de disparar los fusiles; y debo aquí consignar que los hombres de orden anhelaban á toda costa que se evitase el derramamiento de sangre. Poco despues un amigo mio cuyo nombre es de los mas grandes que en política tiene la Francia, y que, á ejemplo de sus antecesores, está destinado á prestar útiles servicios á la pátria con su inteligencia, su desinterés, su carácter independiente y su adhesion religiosa anunciábame que la Guardia Nacional de su distrito se hallaba animada de los mejores sentimientos.

Comprendí la necesidad urgente de mantener el orden en medio del confuso caos en que nos hallábamos sumidos.

(1) El Diario oficial de la Commune, en vez de execrar este asesinato, trataba por el contrario de justificarlo. En el número del día 21 de Marzo de 1871 se leía lo siguiente: «Estos dos sugetos han sufrido la ley de la guerra, que no permite ni el espionaje ni el asesinato de las mujeres.»

Esta persona era á la vez un ejemplo elocuente de la energía y abnegación que inspira un ilustrado y generoso patriotismo. No obstante que al casarse era ya oficial retirado, organizó al principio de la guerra la Guardia Nacional en la localidad en que se hallaba situada su casa de campo; y cuando después el ejército de Chanzy hizo una evolución desde el Loire á la Sarthe, ingresó en los cuadros militares, y en calidad de capitán de estado mayor tomó una parte activa en los combates y operaciones del ejército del Oeste. El mismo día en que volvió á la vida civil, se dirigió por el camino de hierro á París, para pasar allí unos días en unión de algunos miembros de la familia que le aguardaban: y esto sucedía cabalmente en la víspera del 18 de Marzo. En vez de encaminarse, como tantos otros parisien- ses lo hicieron, á sus posesiones, inscribióse al día siguiente de su llegada como simple guardia nacional en la alcaldía de su barrio, decidido á no retroceder ante los peligros ni las fatigas en el servicio por la causa del orden en París, así como venia de servir á la causa del honor nacional en su provincia.

Del porvenir de un país en donde se hallan en gran número caracteres y patriotismo semejantes, no debe desesperarse ciertamente. Esta persona no pensó en regresar á su provincia hasta el día siguiente á aquel en que varios alcaldes de París, favoreciendo, sin saberlo acaso, los intereses de la demagogia, más aún de lo que esta podía prometerse, creyeron que con acceder á sus votos, é invitar á los electores parisien- ses á unas ilegales elecciones, hacían una obra de conciliación, cuando en verdad perturbaban los batallones de la Guardia nacional, patentemente consagrados á la defensa del orden, y despedazaban

así el apoyo único, material y moral, que aún le quedaba al París verdadero. Tales alcaldes, cuya imprevisión y ligereza no se pueden expresar con palabras, se persuadían de haberlo salvado todo, cuando en verdad todo lo habían trastornado; como triunfadores subían al Capitolio, cuando nos habían arrojado por la roca Tarpeya; se ufanaban de haber evitado la efusión de sangre, cuando escogían el medio más seguro para hacerla verter á torrentes. Opinábamos mi amigo y yo que después de la actitud vergonzosa de los batallones de línea que con el motín habían fraternizado, nada podía acarrear tantos desastres como el compromiso incalificable, para el cual habían tomado la iniciativa esos alcaldes y sus tenientes. No pasaba día sin aplicarles el dilema hecho en otro tiempo al gobierno del emperador, con motivo de la alevosía de Castelfidardo: «O engañado, ó cómplice (1).»

(1) Hé aquí lo que, según el *Paris Journal* de Versalles del 18 de Mayo, escribía el ciudadano Raoul Rigault desde la prefectura de policía al ciudadano Floquet, uno de los instigadores más funestos de aquel pretendido compromiso:

«Mi querido Floquet: Al decidiros á marchar con Villanueva y el prefecto Lechevalier á Burdeos, creo que *estamos en comunidad de ideas sobrado estrecha, para que no conozcais la importancia de vuestra misión*. La liga de la Unión republicana, al defender su causa, defiende la nuestra. Procuraré hacer que lleguen á vuestras manos los 9,500 francos; pero las letras son difíciles de realizar.»

Un republicano á toda prueba, M. Degouve Denuncques, alcalde adjunto del décimo distrito, de cuyas leales convicciones nadie puede dudar, habiase negado á firmar el acta de sumisión de los alcaldes á la voluntad del comité central; y el 19 de Junio aparecía en el *Diario de París* esta importante declaración:

A las cinco de la tarde de este día, un diputado que en los dichosos tiempos de las candidaturas oficiales habia sido eliminado del Cuerpo legislativo por no querer rechazar las ideas de libertad y de censura al poder, me comunicaba pormenores interesantes acerca de la manifestacion pacífica que acababa de verificarse con éxito inesperado. Gran número de ciudadanos de todas edades y condiciones habian recorrido sin armas los cuarteles principales al grito de ¡Viva el orden! ¡Viva la Francia! ¡Viva la Asamblea Nacional! Por todas partes recibieron una acogida favorable, llegando el batallon que estaba de guardia en la Bolsa hasta á presentarles las armas. Los de los arrabales que se habian apoderado de la plaza de Vendome, trataron en vano de cerrarles el paso. Un sugeto que trataba de dirigirles su voz desde el balcon del Estado Mayor, para justificar el movimiento insurreccional, fue interrumpido al momento con entusiastas aclamaciones en favor del derecho y de la Asamblea nacional. El Comité central que residia en el Hotel de Ville, se penetró tanto del alcance de esta manifestacion, que adoptó apresuradamente enérgicas disposiciones para mantenerse dueño de la plaza

«Creo que si hubiéramos sabido mantener nuestra resistencia, habríamos logrado triunfar del comité central. Las filas de los guardias nacionales agrupados en torno nuestro ibanse reforzando, y nuestra *guardia municipal* tenia tan imponeate fuerza, que no se intentó nunca atacarla. El jueves 30 de Marzo las tropas del comite, que el 25 querian imponerse, habrianse hallado sobrado débiles; mas el *compromiso*, firmado el 25 al medio dia, infundió alientos á los miserables, que contaban con aquella fuerza, y que la asociaron más tarde á tantas abominaciones »

za de Vendome é impedir el acceso á nuevas manifestaciones de los que apoyaban el orden; y con este fin envió muchos batallones; prohibió que circulara gente por ella y por las calles que en la misma desembocaban; hizo custodiar y vigilar con esmero las avenidas y colocar cuatro piezas de artillería, asestadas hácia las calles de la Paz y de Castiglione, y servidas por artilleros dispuestos á hacer fuego.

(Se continuará.)

NOTICIAS.

ROMA.—Su Santidad está muy aliviado de la pequeña dolencia que le ha aquejado recientemente. El augusto enfermo ha abandonado el lecho y podido recibir á varias personas. Visiblemente la Providencia ayuda y sostiene al varon fuerte, cuya ancianidad respetable está dando continuas pruebas de resignacion en la inicua persecucion que sufre, y de una grandeza de alma de que hasta ahora no ha habido ejemplo.

—Hay en la Ciudad eterna uno de estos verdaderos prodigios de ingenio que solo se ven en la Iglesia católica: nos referimos al R. P. Juan Bolling, de la Compañia de Jesús, que habla correctamente cuarenta idiomas. Como no es muy viejo, y continúa su estudio favorito, se cree que igualará, si es que no aventaje, al célebre cardenal Mezzofanti.

FRANCIA.—La caridad de los católicos franceses es inagotable. El *Univers* ha recogido en pocas semanas mas de 26,000 francos para el socorro de los sacerdotes pobres y desterrados del canton de Soleure en Suiza.